

¿Qué habrá sido de las Ciencias Sociales?

What will have been about Social Sciences?

JOSÉ ENRIQUE EMA

Universidad de Castilla La Mancha

Resumen:

En este trabajo tratamos de responder a una vieja pregunta: ¿qué tipo de relación se puede establecer entre la política emancipatoria y las ciencias sociales? Este intento nos ha llevado a realizar un pequeño recorrido sobre la situación de las ciencias sociales en nuestro contexto actual atendiendo a sus condiciones y efectos políticos.

Después de situar tres modos de vincular ciencia y emancipación abordamos una preocupación principal en nuestro trabajo: el papel cada vez más relevante de las ciencias sociales como dispositivo que contribuye a naturalizar el orden establecido como el único horizonte de lo posible. Desarrollamos esta cuestión poniéndola en relación con las transformaciones del capitalismo contemporáneo y la mercantilización del conocimiento. Señalamos los efectos de esta transformación para terminar proponiendo un modo no científicista ni tecnocrático de entender las ciencias sociales.

Palabras clave:

Ciencias sociales, científicismo, tecnocracia, emancipación, política, capitalismo, mercantilización.

Abstract:

In this paper we try to answer an old question: what kind of relationship can be established between emancipatory politics and social sciences? This attempt has led us to make a little tour on the state of social sciences in our current context paying attention to its effects and political conditions.

After locating three ways of linking science and emancipation, we address a major concern in our work: the increasingly important role of the social sciences as a device that helps to naturalize the established order as the only possible horizon. We develop this issue by relating it to the transformations of contemporary capitalism and the commodification of knowledge. We point out the effects of this transformation to end by suggesting a non-scientistic nor technocratic way of understanding social sciences.

Key words:

Social science, scientism, technocracy, emancipation, politics, capitalism, commodification

Résumé :

Dans cet article nous essayons de répondre à une question classique: quel type de relation on peut établir entre une politique d'émancipation et les sciences sociales? Tentative qui nous a amené à proposer un petit parcours autour l'état des sciences sociales dans l'actualité sous le double prisme des effets produits et de ses conditions politiques.

Après avoir resitué trois façons différentes de relier la science et l'émancipation nous aborderons une préoccupation majeure pour notre travail: le rôle de plus en plus important des sciences sociales comme dispositif naturalisant d'un ordre établi mais qui devient, sous cette logique, le seul horizon possible. Nous développerons cette question en rapport avec les transformations du capitalisme contemporain mais aussi avec celle-ci de la marchandisation de la connaissance. Pour en finir, nous signalerons les effets de cette transformation tout en proposant une compréhension non-scientiste et non-technocratique des sciences sociales.

Mots clés:

Sciences sociales, scientisme, technocratie, émancipation, politique, capitalisme, marchandisation.

Fecha de recepción: 15-7-2013

Fecha de aceptación: 30-7-2013

1. Introducción

En este trabajo tratamos de responder a una vieja pregunta: ¿qué tipo de relación se puede establecer entre la política emancipatoria y las ciencias sociales? Este intento nos ha llevado a realizar un pequeño recorrido sobre la situación de las ciencias sociales en nuestro contexto actual atendiendo a sus condiciones y efectos políticos.

Después de situar en el primer apartado tres modos de vincular ciencia y emancipación abordaremos, en el segundo, una preocupación principal en nuestro trabajo: el papel cada vez más relevante de las ciencias, y en concreto de las ciencias sociales, como dispositivo que contribuye a naturalizar el orden establecido como el único horizonte de lo posible.

Hoy en día bajo el esquema problema→solución nos acercamos a los fenómenos sociales entendiéndolos como un mero asunto técnico. Los "problemas sociales" son concebidos con frecuencia como un mal funcionamiento, más o menos excepcional, que puede ser reparado de acuerdo a las reglas de funcionamiento de la (buena) situación general de la que forma parte (aplicando correctamente su manual de instrucciones de la mano de los correspondientes expertos). No hay decisiones ético-políticas en discusión sino diagnósticos y medidas técnicas que aplicar. Por tanto no hay posibilidad de impugnar lo que hay, solo nos

queda gestionar adecuadamente sus posibles en el marco de las coordenadas del orden establecido. Así los fenómenos humanos se analizan en clave de alguna patología individual (incluso moral) o de algún déficit de herramientas técnicas (habilidades sociales, emocionales, etc.) descontextualizando lo individual de sus condiciones sociales y políticas de producción. Pensemos, por ejemplo, en las intervenciones sobre la exclusión social bajo parámetros exclusivamente técnicos incidiendo únicamente en la promoción de herramientas terapéuticas individuales. O en los expertos científicos sociales que se prodigan en los medios de comunicación afirmando solemnemente que las dificultades para encontrar trabajo en el actual contexto de crisis dependen de cualidades individuales como la empleabilidad, capacidad de emprendimiento, creatividad, etc.

Tras desarrollar esta cuestión con más detalle poniéndola en relación con las transformaciones del capitalismo contemporáneo y la mercantilización del conocimiento, en el tercer apartado mostraremos qué entendemos por política emancipatoria y por qué esta se ve bloqueada desde el punto de vista científicista y tecnocrático que consideramos hegemónico en la actualidad.

En el último apartado, a modo de conclusión, resumiremos nuestros argumentos principales para mostrar específicamente un modo alternativo de vincular emancipación y ciencias sociales.

No hemos tratado de mostrar únicamente el estado de la cuestión sino también de dar cuenta de cómo las prácticas científicas están políticamente vinculadas con el mundo del que forman parte, haciéndonos cargo de que no hay objetividad sin toma de postura o complicidad subjetiva con ella. Esto, lejos de limitar nuestras posibilidades de intervención (por ejemplo, al modo relativista) nos hace más responsables de ellas.

En el título de nuestro trabajo hemos elegido el futuro perfecto como el tiempo verbal pertinente para nuestra pregunta. Con él se rompe la linealidad de la secuencia temporal pasado-presente-futuro. Se cruzan dos momentos: el de una acción que ha estado ocurriendo y el de la mirada retroactiva desde un instante futuro que fijamos desde el presente para hacer balance sobre lo que nos traemos entre manos. Así se hace evidente que nuestra toma de postura actual está atravesada por la pregunta por el modo como nos haremos cargo de lo que estamos haciendo ahora. Jacques Lacan con la intención de mostrar que las estructuras

condicionan a los sujetos pero no son un destino para ellos eligió también el futuro perfecto como el tiempo de la subjetivación afirmando que “lo que se realiza en mi historia no es el pretérito indefinido de lo que fue, puesto que ya no es, ni siquiera el perfecto de lo que ha sido en lo que yo soy, sino el futuro anterior de lo que yo habré sido para lo que estoy llegando a ser” (Lacan, 2013, p. 288).

Por eso preguntarnos ¿qué habrá sido de las ciencias sociales? pasa inevitablemente por no dejar de exponernos a las consecuencias de la interrogación por lo que los científicos sociales habremos sido para lo que estamos llegando a ser.

2. Ciencias sociales y política emancipatoria

Con independencia de la posición epistemológica sobre la posibilidad de un conocimiento científico separado de los valores, ideología u otros condicionantes de sus actores resulta evidente que las ciencias no han dejado de vincularse con algún tipo de motivación emancipatoria. Desde una posición objetivista es la posibilidad de una racionalidad científica separada de cualquier tipo de contaminación subjetiva la que nos permitiría un conocimiento objetivo de la realidad que podría ponerse al servicio de las mejores aspiraciones éticas y políticas. A la vez, desde posiciones críticas con el objetivismo, con la posibilidad de entender el conocimiento como representación y la verdad científica como correspondencia entre esas representaciones y la realidad, (Rorty, 1979; Gergen, 1996) también se ha relacionado el conocimiento con la posibilidad de una intervención emancipatoria al mostrar cómo las producciones científicas son constructoras de versiones del mundo que pueden terminar estableciéndose como realidad.

Más concretamente podríamos señalar tres modos de relacionar las ciencias sociales y emancipación. En primer lugar nos encontraríamos con aquellos enfoques que distinguirían radicalmente el conocimiento científico del conocimiento cotidiano (a veces en la estela de un cientificismo marxista que considera al segundo como resultado del engaño de la ideología). Podemos tomar como ejemplo de esta mirada la apuesta de Pierre Bourdieu por unas ciencias sociales que puedan dar cuenta críticamente de los procesos de reproducción del orden establecido (Bourdieu, 1988, 1991) para “transformar las relaciones de fuerza devol-

viendo a los grupos y a las clases dominadas una parte de la fuerza de la que han sido desposeídas gracias a la ignorancia de la verdad completa de estas relaciones” (Bourdieu, 1971, p.32). La ignorancia sería, por tanto, una condición del dominio y el saber de la emancipación liberadora.

En segundo lugar podríamos pensar en la investigación básica sobre el modo como nos conducimos en nuestras relaciones. Este conocimiento podría dar lugar a un saber práctico y aplicable que permitiría gobernar o, al menos, condicionar nuestro comportamiento individual y colectivo. Las ciencias sociales funcionarían como procuradoras de técnicas concretas para intervenir en los procesos sociales y conducirlos hacia un buen destino.

Y en tercer lugar, de lado de las propuesta no objetivistas se destacaría la importancia de la producción de versiones y sentidos alternativos a los dominantes que puedan movilizar una postura crítica y una transformación de lo que hay. Tendríamos en cuenta no solo el carácter constructor de realidad del propio conocimiento científico (Ibáñez, 2001) sino también la puesta en valor de saberes no ortodoxos que cuestionan las asimetrías entre investigadores e investigados y las legitimidades dominantes sobre la producción de conocimiento. Pensemos, por ejemplo, en las versiones críticas del análisis del discurso (Íñiguez, 2006); la investigación acción participativa (Montenegro, 2004) la investigación militante (Malo, 2004); los grupos de autoconciencia y las epistemologías feministas (Harding, 1996); o la producción de narrativas compartidas (Balasch, Montenegro, 2003).

Así mediante la producción de conocimientos que describen los procesos de dominación y permiten su desvelamiento o la toma de conciencia, el desarrollo de un saber hacer práctico, o la producción de otras narrativas, sentidos e imaginarios, observamos cómo desde las ciencias sociales se ha buscado contribuir a una política emancipatoria. ¿En qué medida sigue vigente esta vocación emancipatoria hoy en las ciencias sociales?, ¿de qué modo las transformaciones contemporáneas de las condiciones del conocimiento científico facilitan o dificultan este impulso emancipador? Abordamos estas cuestiones a continuación.

3. El conocimiento científico y las ciencias sociales hoy: de la mercantilización al científicismo tecnocrático

Hoy en día es ampliamente reconocida la estrecha vinculación entre el conocimiento y las transformaciones de los modos de producción y de vida. Las capacidades intelectuales, las habilidades inmateriales, el uso de las tecnologías de la información, etc. se han convertido en elementos clave para entender las relaciones sociales y económicas de nuestro tiempo. Desde luego no podemos analizar estas transformaciones sin tener presente los cambios tecnológicos y el papel protagonista en ellas del conocimiento, pero no nos parece suficiente dar fe de una situación sin hacer una mínima genealogía de su desarrollo. Para ello resulta inevitable referirnos a la economía política del capitalismo contemporáneo, es decir, al modo como determinadas opciones político-económicas han configurado nuestro actual escenario.

El capitalismo se autopropulsa haciendo de la obtención de beneficio económico el motor de sus transformaciones, crisis incluidas. El paso de una economía predominantemente mercantil (centrada en la producción de bienes materiales) a la actual y hegemónica economía financiera (aquella en la que el propio dinero: las deudas, hipotecas, títulos, acciones, bonos, etc. se convierte en mercancía) se ha producido en el marco de un amplio desarrollo tecnológico, transformaciones subjetivas y gobierno de la capacidades y cualidades relacionales e intelectuales. El conocimiento se ha convertido hoy en una condición fundamental para la producción de valor al menos en tres sentidos. El primero, más general, porque la propia abstracción que es condición del intercambio de mercancías (las mercancías se hacen comparables en función de su valor de cambio abstraído de su valor de uso) no puede separarse ni de las prácticas sociales, en general, ni de ese tipo de práctica social específica que es el conocimiento científico y que se ha visto moldeado también por una racionalidad instrumental y económica, extendida a cada vez más esferas y prácticas de la vida (Habermas, 1986). En segundo lugar, como cualidad de la fuerza de trabajo especialmente relevante para la producción de valor en un contexto de producción de mercancías inmateriales: afectos, saberes técnicos, información, habilidades creativas, etc. Y por último, porque el propio conocimiento y la información se convierten en sí mismos en mercancías intercambiables y con ello productoras de beneficio. En definitiva el conocimiento se subordina a la producción de

beneficio económico de manera más estrecha y evidente que en tiempos anteriores. Se trata de lo que diferentes autores han denominado como “capitalismo cognitivo” (Vercellone, 2009; Fumagalli, 2010).

Las transformaciones de nuestro tiempo no son, por tanto, un destino inevitable sino las consecuencias de un modelo político y económico muy concreto. Es conveniente precisar que no se trata únicamente de considerar que el capitalismo hoy coloniza y parasita el conocimiento “desde fuera” poniéndolo al servicio de la obtención de beneficio, sino de observar también cómo el propio conocimiento se ha transformado sustantivamente en el marco de estas condiciones.

Hoy en día hablamos de mercantilización del conocimiento para dar cuenta de un amplio conjunto de fenómenos: las universidades se convierten en un nicho para la obtención de beneficio por parte de los mismos actores que alientan sus recortes; aparecen préstamos para financiar estudios de la mano de la reducción de becas y la subida de tasas; se reduce la financiación de la investigación, especialmente de aquella que no encaja con los actuales criterios de utilidad social, etc. Desde luego todo esto juega su papel y tiene su importancia pero corremos el riesgo de reducir la mercantilización del conocimiento a un proceso “exterior”, exclusivamente económico, que constreñiría y limitaría el potencial de un conocimiento científico que si fuera liberado de estas constricciones externas desarrollaría todas sus buenas potencialidades. Sin embargo, no podemos entender el conocimiento científico “realmente existente” como mera víctima de la mercantilización de las relaciones sociales sino también como su cómplice necesario. Hay algo en el modo hegemónico de entender el conocimiento científico hoy en día, especialmente en las ciencias sociales, que no es ajeno a la propia lógica mercantilizadora que lo ataca y debilita.

3.1. De la mercantilización del conocimiento a la metamorfosis científicista y tecnocrática de las ciencias sociales

Para explicar esta transformación científicista y tecnocrática vamos a hacer un breve rodeo teórico a través de los trabajos de Martin Heidegger sobre las transformaciones de la ciencia y la técnica (Heidegger, 1994, 2008). Este autor considera a la técnica, más que un modo de intervención humana sobre el mundo, como una “estructura de emplazamiento” (*Gestell*), un modo de hacer un mundo utilizable. En él todo estaría a

disposición de la propia técnica. Heidegger distingue, en un célebre ejemplo, el tipo de intervención que supone un puente sobre un río para poder cruzar este del emplazamiento técnico de una central hidroeléctrica con su correspondiente presa y salto de agua. La central no solo está situada en el río sino que a la vez emplaza a este, lo modifica, para poder extraer de él su energía. El río-presa ya es otra cosa diferente al río, sin alteraciones, que podemos cruzar con un puente. Esta “estructura de emplazamiento” es para Heidegger la auténtica esencia de la técnica. Y esta esencia es la que comanda la relación entre ciencia y técnica en nuestro tiempo hasta el punto de afirmar que la ciencia está al servicio de la técnica. Esta nos parece una cuestión clave: la ciencia hoy en día se ha convertido en técnica. Este devenir técnica de la ciencia se concreta en la extensión de una lectura científicista y tecnocrática de la realidad que excede a la propia ciencia y se extiende hasta generalizarse en otros ámbitos modificando incluso el modo como los sujetos pensamos y explicamos nuestras propias acciones.

Entendemos por científicismo la idealización totalizante y reduccionista de las explicaciones científicas, por ejemplo, afirmando que determinado fenómeno “no es nada más que”... un proceso bioquímico, una ley del comportamiento, una falta de habilidades sociales o de inteligencia emocional, etc. Hay totalización porque consideramos que con nuestras herramientas tecnocientíficas podemos observar todo lo hay. Hay reduccionismo porque todo lo que hay puede simplificado y puesto a nuestra disposición desde una representación tecnocientífica, una explicación parcial y particular. El mundo se hace representación y nada queda oculto, todo se hace visible y disponible (y si no lo es todavía, lo será pronto, en cuanto llegue la oportuna herramienta técnica). Esto es lo que ocurre, por ejemplo, con la extensión de modelos matemáticos que aspiran a reducir el comportamiento humano a una función calculable a partir de una serie de variables.

Con el término tecnocracia destacamos que los saberes tecnocientíficos se hacen portadores de un sistema de legitimación y coerción normativa que se presenta, y ahí radica su fuerza, como abstracto, objetivo y neutral. Es decir, no impulsado por ningún interés ni posición subjetiva particular, sino por las evidencias científicas, los comités de expertos o los datos estadísticos que hablan por sí mismos. Nos encontramos con afirmaciones en nombre de la ciencia que camuflan opciones ideológicas implícitas bajo la forma de una voz en *off*, impersonal

y aséptica, que parecieran hablar desde el limbo de un saber objetivo autoproducido.

Para esta mirada tecnocrática la realidad se hace presente y modificable bajo el esquema problema→solución. Todo mal funcionamiento tiene una causa que podemos localizar y su correspondiente solución técnica que debemos aplicar. La tecnocracia entendida de esta manera nos prometería un mundo ideal de soluciones técnicas para cualquier disfunción o desajuste. El mundo de las relaciones sociales se considera como una máquina de la que podemos desvelar su manual de instrucciones para poder gobernarla técnicamente.

A modo de ejemplificación de esta concepción científicista y tecnocrática analizamos brevemente en una de las principales aportaciones de las ciencias sociales a este modo de funcionamiento. Nos referimos a la evaluación (Ema, 2013).

La evaluación hoy esta presente en cada vez más ámbitos de la vida (desde la economía global con sus agencias de calificación hasta las recetas de autoayuda de los suplementos dominicales). Esperamos de ella representar y clasificar resultados y/o procesos para dar cuenta de la consecución, o no, de unos objetivos y así servir como guía para la acción. Partimos del supuesto de que podemos representar cualquier fenómeno social como un objeto medible y objetivable, por tanto, intercambiable, comparable y jerarquizable. Se producen así objetos estandarizables (por ejemplo, las competencias educativas o las laborales) cuya medida funciona como evidencia y verificación del valor de su existencia¹.

La confianza en la evaluación llega hasta el punto de considerar que efectivamente logramos con ella un acceso directo e inmediato a un objeto y a sus propiedades. Lo evaluado se convierte en lo que ha ocurrido. Lo no evaluable no existe (porque cuando todo se hace evaluable, no hay nada que no pueda ser puesto al alcance de la evaluación; y porque la evaluación da fe “científicamente” de que algo ha ocurrido). Se retroalimenta así cierta desrealización imaginaria e ingenua de la realidad al reducirla a aquello que nuestros dispositivos de evaluación ven/ponen en ella. Y así paradójicamente aunque la evaluación se propone como guía para mejorar la práctica, su actual hiperinflación nos acerca cada

1 Encontramos aquí el mismo proceso de abstracción que Marx (1973) describió en relación a las mercancías. Es en este sentido en el que podemos decir que la mercantilización no solo opera como un exterior al conocimiento sino que redefine al conocimiento y al propio mundo que es emplazado como mercancía y como objeto tecnocientífico.

vez más a la sustitución de las prácticas a evaluar ¡por la propia evaluación! desplegándose un ingente aparato burocrático de planificación, registro y comunicación evaluadora.

Destacamos cuatro consecuencias principales de esta metamorfosis cientificista y tecnocrática. La dos primeras ya han sido implícitamente presentadas: el mundo se convierte en un objeto mercancía/técnico disponible y accesible al mercado/conocimiento; y la segunda: la ciencia se reduce a un dispositivo de visión total capaz de representar totalmente su objeto sin dejar nada fuera, sin límite o resto no visible. Desaparece así la posibilidad de hacerse auténticas preguntas (aquellas que muestran la inconsistencia del saber sin predeterminedar las respuestas) porque todo cabe, o cabrá, dentro del saber que ya tenemos. Lo que ahora no sabemos no cuestiona nuestra mirada técnica porque con ella llegaremos a saberlo.

Las dos consecuencias siguientes nos acercan todavía más a las implicaciones políticas que desarrollaremos en los apartados siguientes. La primera se refiere a los efectos subjetivos de la extensión de esta concepción del conocimiento. Los sujetos en un mundo de objetos técnicos se vuelven objetos también para sí mismos y los demás. En la medida en la que toda situación puede encontrar su causa y todo problema su solución, nuestras experiencias subjetivas se vuelven objetos calculables confiando en la aplicación de un saber con sus oportunas reglas técnicas como modo de orientar nuestro comportamiento. Sin embargo, la condición fundamental para la emergencia de un sujeto-agente capaz de actuar es precisamente lo contrario al despliegue de un saber total. Hay sujeto cuando se pasa por la obligación de decidir sin garantías para la decisión (Derrida, 1997; Laclau, 1998). Cuando no es posible una valoración externa de todas alternativas para aplicar la solución técnica adecuada nos hacemos cargo de esta condición imposible y la atravesamos decidiendo sin tenerlas todas consigo. En este sentido podemos afirmar que la extensión de esta mirada tecnocrática para pensar lo humano nos hace más incapaces de actuar libre y responsablemente al invitar a conducirnos aspirando ingenuamente a encontrar la solución correcta a cada problema.

Y por último, recordamos cómo esta concepción contribuye a naturalizar la situación existente, es decir, a considerarla como obvia, el resultado inevitable del devenir de los tiempos. Si partimos de la creencia de que nuestra mirada tecnocientífica nos permite ver/representar todo,

“todo lo que vemos” se convierte en “todo lo que hay”. Y lo que hay se convierte en el único marco de lo posible. La mirada técnica produce, emplaza, un mundo en donde solo habría reglas (técnicas) que aplicar dentro de las coordenadas establecidas. No cabe la posibilidad de pensar que lo que hay pueda ser de otro modo.

En este apartado hemos mostrado cómo la mercantilización ha afectado a la concepción dominante del conocimiento científico convirtiéndolo en una variante cientificista y tecnocrática. Hemos señalado cuatro efectos de esta transformación. A partir de ellos pueden intuirse algunas consecuencias para la política emancipatoria. Las desarrollamos con detalle en el siguiente apartado.

4. La emancipación y lo imposible

Comenzamos precisando qué entendemos por política y por política emancipatoria. De acuerdo a la imagen predominante de la política entenderíamos esta como el conjunto de prácticas dedicadas a la organización de la vida en común y el establecimiento de consensos colectivos para conformar una comunidad en la que se pueda convivir entre diferentes. La política supondría una esfera de actividades específicas diferenciadas de otras (económicas, sociales, etc.) y estaría vinculada a unos actores con sus correspondientes funciones y lugares legítimos de actuación (los partidos, en el parlamento; los ciudadanos, votando, etc.).

Frente a esta concepción podríamos considerar críticamente que lo político no puede separarse de otras esferas ya que el poder y la dominación atraviesan todas las relaciones sociales (Foucault, 2002). La política tendría que ver también con la reproducción, el cuestionamiento y la transformación de las relaciones de poder que están presentes en la vida cotidiana y no solo con lo que hacen los partidos políticos en los parlamentos o los ciudadanos con su voto en las elecciones.

Planteamos un segundo aspecto crítico sobre la imagen predominante de la política. Si la política se entiende únicamente como producción de consenso y cohesión, la política puede convertirse en un dispositivo más de apuntalamiento del orden establecido, en una actividad especializada de aplicación de soluciones dentro de este. Por eso es pertinente atender también su cuestionamiento y modificación, a la aparición del conflicto allí donde había consenso y a la apertura

de nuevas posibilidades de vida dentro del orden dominante (Rancière, 1996; Badiou, 2009).

A partir de estos dos elementos críticos podemos precisar nuestra noción de política emancipatoria. Lo característico de ella sería, en primer lugar, la afirmación de nuevas posibilidades y de otras formas de vida frente a la idea de organización de lo que ya hay dentro de las coordenadas del orden establecido. En segundo, el cuestionamiento de este orden a partir de los efectos de dominación y subordinación que permanecen ocultos o disimulados apareciendo, por ejemplo, como lugares y funciones “normales” o “naturales” asignados a determinados sujetos (los extranjeros sin papeles de residencia, sin derechos; las mujeres, en el ámbito doméstico; etc.) o como un mal funcionamiento excepcional dentro un buen orden general que puede ser corregido sin trastocar las coordenadas dominantes (así ocurre hoy, por ejemplo, en relación al desempleo, que se considera como susceptible de corrección técnica aplicando algunas medidas puntuales y no como un síntoma que encierra una verdad clave sobre el funcionamiento estructural general). En esta segunda condición encontramos un principio igualitarista y universalista básico: la política emancipatoria se refiere al mismo mundo común que todos compartimos (no a la solución de un problema de un colectivo particular). Por eso la emancipación como afirmación de otros modos de vida debe mantenerse fiel a esta condición universal: se trata de crear posibilidades para todos.

Como puede observarse no definimos emancipación a partir de un programa de contenidos concretos, sino como la misma posibilidad de producir posibilidades, de no cancelar la vida bajo un orden definitivo. En este sentido se podría decir que hacemos sinónimo política emancipatoria de política tal cual.

4.1. La ciencias sociales contra la emancipación

Partimos de una cuestión fundamental. El cientificismo tecnocrático no contempla la posibilidad de que algo escape a su mirada. Se alimenta así una omnipotencia que no reconoce resto o excepción a sus posibilidades. Y esto supone finalmente el rechazo de *lo imposible*, de todo aquello que no puede ser codificado, ordenado, calculado o regulado por un saber técnico.

Esta imposibilidad ha sido atendida desde diferentes ámbitos advirtiendo de los límites para aprehender el mundo como un Todo (Copjec, 2006; Ema, 2009). En el plano subjetivo tenemos noticias de ella, por ejemplo, cuando algo irrumpe y descoloca nuestro orden de sentido mediante un acontecimiento inesperado; o cuando comprobamos que algo no encaja y no somos capaces de expresarlo con palabras porque finalmente convivimos con algo que es imposible de contar. En relación a las ciencias, incluso a las ciencias naturales, reconocemos otra manera de hacer ciencia advertida de esta imposibilidad. En ella hay un reconocimiento de la brecha insuperable entre las representaciones científicas del mundo y el mundo mismo. Se admite así un no saber que convive con la validez parcial del saber científico que se declara provisional. Una ciencia sostenida en la imposibilidad de una respuesta final a sus preguntas (que funcionan como motor necesario de la propia ciencia al activar la discusión de sus enunciados). Y en el ámbito más teórico o filosófico reconocemos una lectura antimetafísica que reconoce que no hay unidad ni reconciliación en el Ser, no hay una explicación final o una ley trascendental (divina, histórica o natural) que los humanos debamos expresar en nuestra vida. Esta imposibilidad de encontrar un fundamento último que sirva como garantía de nuestras acciones es simultáneamente la condición de la ética y la política. Si tuviéramos un destino, una sustancia, o un fundamento último que expresar, no habría decisiones ético-políticas que tomar, sino reglas que seguir (Agamben, 1999). Sería el fin mismo de la vida como posibilidad de creación y la victoria de la serie, la repetición y la gestión de lo mismo.

Hemos mostrado en el apartado anterior que el emplazamiento del mundo como objeto técnico disponible, apropiable y calculable era correlativo a la desaparición de la interrogación en la ciencia, la limitación de la subjetivación y la naturalización de lo que hay como único horizonte de lo posible. En relación a la política emancipatoria sus consecuencias aparecen ahora más claras. La exclusión de la imposibilidad limita nuestras posibilidades de cuestionamiento del orden establecido (este es emplazado como un mundo-máquina-objeto con sus correspondientes propiedades, funciones y lugares que no pueden ser problematizados sino únicamente gestionados técnicamente) y dificulta la posibilidad de una invención política que escape del orden dominante (la única invención posible es aquella que participe del marco de condiciones establecidas para organizarlas mejor, no para cambiarlas). Por todo ello

consideramos que el cientificismo tecnocrático presente en las ciencias sociales despolitiza el mundo y, por tanto, debilita las posibilidades de una política emancipatoria.

Sin embargo este panorama se modifica si reconocemos a la imposibilidad como constitutiva de nuestra realidad. Esto implica ciertamente un debilitamiento de la idea de un sujeto omnipotente capaz de dominar y controlar el mundo; un conocimiento científico total y definitivo; y una administración técnica de la vida que nos permita alcanzar una forma de organización social armoniosa y plena. Pero es simultáneamente una condición positiva para que haya un sujeto que pueda tomar decisiones (que son sin garantías) capaz de hacerse cargo responsablemente de las condiciones de su vida y transformarlas; un conocimiento que esté siempre abierto a las preguntas que puede estimular su desarrollo; y una política (emancipatoria) que pueda inventar y construir una vida que no sea una mera reproducción de las condiciones existentes.

En relación al asunto que nos ocupa, la vinculación posible entre ciencias sociales y emancipación, ¿no es un destino obligatorio para la ciencia aspirar a cancelar la imposibilidad, sabiéndolo todo y, por tanto, a conquistar el espacio de la política mediante la extensión de su saber a cada vez más esferas de la vida?, ¿es posible una ciencia social que, aceptando la imposibilidad de saberlo todo, no estimule una mirada tecnocrática del mundo?, ¿que pueda contribuir a la emancipación? Tratamos estas cuestiones en el último apartado en el que a modo de síntesis y conclusión proponemos algunas condiciones y retos para otra ciencia social.

5. Conclusión: ¿unas ciencias sociales menos (auto) complacientes?

Iniciamos este trabajo reconociendo tres modos de vinculación entre las ciencias sociales y la emancipación (el desvelamiento de los mecanismos de dominación, la provisión de un saber hacer en la práctica, y la producción de versiones diferentes sobre la realidad). En un segundo momento mostramos de qué modo se han entrelazado las condiciones políticas y económicas de nuestro tiempo transformando al propio conocimiento científico para finalmente dificultar las condiciones de la emancipación. Después de analizar estos condicionantes podemos ha-

cer balance de los límites y oportunidades para vincular ciencias sociales y emancipación. Lo hacemos analizando, uno a uno, los tres modos planteados inicialmente.

Un saber con pensamiento

La vinculación entre saber (como desvelamiento o toma de conciencia) y emancipación parte de la doble premisa de que las razones e ideas claras y distintas sobre las injusticias son movilizadoras de la acción política emancipatoria, y de que la gente se encuentra dominada porque no conoce las condiciones de su explotación. Los sujetos, por tanto, podrían liberarse de la dominación si conocieran la forma de funcionamiento de esta. Estas premisas han sido rebatidas desde muy diferentes perspectivas. Los estudios clásicos sobre actitudes en psicología social (Crespo, 1995) muestran, por ejemplo, cómo los elementos cognitivos por sí mismos no son necesariamente movilizadores de la acción (sabemos perfectamente que fumar perjudica seriamente la salud pero seguimos haciéndolo). También observamos cómo hoy en día el funcionamiento la ideología no tiene tanto la forma del engaño o la falsa conciencia, “no lo saben pero lo hacen”, sino más bien la de la (des)creencia cínica, “sé que es así ” (que determinada norma es injusta y merece desobedecerse, por ejemplo) “pero no lo hago” (Žižek, 1992). Es decir, conocemos racionalmente las causas de la dominación pero actuamos en la práctica como si no las conociéramos.

Y es que no es tanto el abandono de la ignorancia mediante el saber lo que moviliza la práctica, se trata más bien de un modo de sentirse involucrado con la realidad, una cierta posición subjetiva y afectiva (no estrictamente racional). La emancipación no consiste en el despliegue de un saber, sino en un gesto de subjetivación, es decir, de un proceso mediante el cual los individuos ponen al alcance de su mano la posibilidad de una transformación de sus condiciones de vida, de hacerse corresponsables del mundo que habitan. La subjetivación así entendida supone una desidentificación, una renuncia del sujeto a preservar su lugar social asignado por el orden establecido (Rancière, 2011). El sujeto se desidentifica diciendo: “yo no soy eso” (una mujer que se tenga que quedar en su casa todo el tiempo trabajando para su marido, o un empleado que tenga que plegarse siempre a la voluntad del empleador para mantener su empleo a toda costa, por ejemplo). También significa

enfrentarse a la experiencia de lo imposible, a aquello para lo que no hay programa o cálculo e invita al sujeto a inventar una alternativa singular (si me desidentifico con mi lugar social en el contexto establecido, he de construir otro con más riesgos).

Para lo primero, la desidentificación, podríamos encontrar quizá un aliado en el desvelamiento de unas condiciones de poder antecedentes (una lectura crítica de las relaciones de dominación sobre las mujeres o sobre los derechos de los trabajadores, por ejemplo). Pero lo segundo, la experiencia de lo imposible, no puede ser el resultado de un saber; al contrario, es la consecuencia de sus fallos. Y esto que, en relación a saber, no encaja porque se constituye a partir de sus límites y contratiempos lo hemos denominado en otro lugar como pensamiento (Ema, 2013). El pensamiento, en fuga o sustracción en relación al saber, se levanta sobre el fracaso de este para dar sentido o enfrentar una situación. Ahí donde el saber tropieza el pensamiento puede comenzar. Se trata de poder hacer algo con lo imposible de codificar y gobernar por el saber. Para que haya pensamiento hay que atravesar la experiencia de la inconsistencia del saber.

Frente a la concepción científicista del conocimiento (que lo reduce al despliegue de un saber total, que todo lo sabe) se trataría de alentar la posibilidad de un conocimiento en el que quepa el no saber, la interrogación y la problematización. No hay que sustituir el saber por el pensamiento o desconfiar de cualquier saber. Esto no es posible (no hay pensamiento si no es en relación al saber); ni tampoco es deseable, sin duda hay que apostar por la extensión y perfección de los saberes. Pero nuestra propuesta no pasa por hacer esto dejando de lado el pensamiento, sino más bien tomándolo también como condición constitutiva del conocimiento. El pensamiento moviliza al saber señalando sus límites y alentando así su reconstrucción para dar lugar a otro saber nuevo. No hay pensamiento sin saber, ni saber sin pensamiento. Y necesitamos a ambos.

Podemos reconocer ahora un hilo que vincula subjetivación, pensamiento y política emancipatoria. Para que tal conexión sea posible es preciso que lo que se ponga en juego en el pensamiento no sea una mera cuestión particular y privada, sino que se refiera al escenario de posibilidades para una vida en común. Esto es lo que se bloquea cuando se considera que solo cabe un modo tecnocientífico de (no)pensar, de simplemente aplicar soluciones a problemas ya establecidos de antema-

no de acuerdo a los saberes y creencias dominantes (hoy las del capital y los mercados). El pensamiento precisamente apunta a la posibilidad, no tanto de encontrar una solución en un marco de condiciones ya dado, sino de redefinir e impugnar ese mismo marco. Se trata, en definitiva, de abrir la posibilidad de que los posibles no se cancelen como reproducción obligatoria lo que ya hay; de que no haya nada que pensar, solo que saber y aplicar; de mantener abierta la propia posibilidad del pensamiento como condición de y para la vida en común.

Una técnica más modesta

En relación a las aportaciones de las ciencias sociales en forma de saberes prácticos (que luego podrían ser puestos al servicio de la mejor política emancipatoria) hemos ido desgranando los inconvenientes de un reducción de lo humano a una mirada técnica. Esto no significa renunciar a la técnica, sí a su totalización como dispositivo de emplazamiento del mundo. No proponemos rechazar la técnica, por ejemplo recuperando una supuesta esencia natural de lo humano previa a lo artificial; sí confrontarla con sus limitaciones para ponerla al servicio de la producción de posibilidades y no de la cancelación de estas bajo el mandato de la neutralidad científica. La modestia que proponemos se refiere al uso de la técnica manteniendo abiertas las preguntas por sus condiciones de aplicación y sus efectos. Este modo modesto de desplegarla no promete una solución final, sino mejores soluciones parciales e inacabadas.

Una producción científica más responsable

Por último, desde diferentes perspectivas no objetivistas se ha hecho hincapié en cómo las propias ciencias sociales tienen efectos sobre el mundo, por ejemplo, mediante la producción de versiones alternativas de la realidad que pueden asentarse como sentido común (Ibáñez, 1992). Por eso es pertinente reclamar una toma de postura responsable para hacerse cargo de estos efectos. En este sentido podemos decir que la ciencia tiene efectos políticos y que es conveniente por tanto una problematización politizadora del trabajo científico.

Si se pudiera hablar en algún sentido de una politización conveniente para las ciencias sociales no sería, desde luego, para vincular las prácticas científicas a posiciones o medidas partidistas tomadas de antemano,

sino para atender a los elementos que hemos considerado constitutivos de la política emancipadora. Se trataría de invertir radicalmente el modo habitual de relación entre ciencia y política. Lejos de la figura del experto que finalmente hace política en nombre de un saber neutral despolitizado (mostrando como evidencia científica lo que es una posición ideológica o política) nuestra propuesta pasa por hacer ciencia advertidos de las posiciones (políticas) de valor implícitas en nuestras afirmaciones. Esto puede significar, por una parte, analizar y “tomar conciencia” de ellas, pero también, dudar, interrogarse y mantener una tensión reflexiva autocrítica (y esto es estrictamente lo contrario de aquello a lo que se nos invita cuando consideramos que nuestra mirada científica puede verlo todo). Por eso no nos parece conveniente una práctica científica hiperespecializada ajena a las controversias éticas y políticas sobre el conocimiento y sus efectos, sino aquella que puede contribuir a interrogar los lugares comunes que sostienen la realidad a partir de la producción de otras formas alternativas de inteligibilidad. En este sentido la responsabilidad en relación a la producción de versiones sobre la realidad no se refiere únicamente a la producción de saberes alternativos como respuesta a lo que hay, sino también a la apertura de preguntas que cuestionen los sentidos establecidos poniendo el foco sobre lo que no era visto y escuchando lo que no era oído.

En la introducción a este trabajo nos planteamos una pregunta principal: ¿qué tipo de relación se puede establecer entre política emancipatoria y ciencias sociales? Después de matizar tres posibles respuestas a esta pregunta (la emancipación no es tanto un asunto del saber sino de subjetivación y pensamiento, no podemos solucionar problemas abandonando la interrogación por sus condiciones, las producciones científicas producen versiones de la realidad pero también preguntas) podemos avanzar ya nuestra respuesta.

La ciencia no es la política. Conviene mantenerlas a cierta distancia para evitar la cancelación de la política bajo un saber. No puede haber una política científica (en el sentido de un programa político sobre la vida en común impulsado exclusivamente por criterios científicos). Pero simultáneamente las ciencias, muy especialmente las sociales, no pueden sustraerse a su problematización, al análisis de sus presupuestos y efectos políticos. Tampoco, por tanto, puede haber ciencia sin politización (sin cuestionamiento crítico de sus implicaciones políticas). Entender la política exclusivamente como despliegue de un saber científico-

técnico o sostener una práctica científica ajena a su politización son, sin duda, condiciones para la extensión totalitaria del cualquier orden social (el que se impone planificada y verticalmente y/o el que se instituye a base de despolitizar las relaciones humanas emplazándolas como un mero asunto técnico).

No podemos pensar las relaciones entre política y ciencia como si pudiéramos encontrar un justo punto medio, un encuentro más o menos confortable entre ambas. Sus relaciones siempre serán conflictivas, abiertas a la controversia y a la toma de postura responsable. Se trata, en definitiva, de considerar que las condiciones y efectos políticos de las prácticas científicas no pueden dejarse de lado. Esta es sin duda una tarea política y científica a la que estamos convocados. Por eso es necesario sostener la pregunta por lo que habrán sido las ciencias sociales y construir sus consecuencias en lo que estamos llegando a ser como científicos sociales.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (1996). *La comunidad que viene*. Valencia: Pre-textos
- Badiou, A. (2009). *Compendio de metapolítica*. Buenos Aires: Prometeo
- Balasz, M. y Montenegro, M. (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas. *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), 44-48.
- Bourdieu, P. (1971). Entrevista con Otto Hahn. En R. Barthes, P. Bourdieu, L. Goldmann, C. Lévi-Straus. *La teoría*, (pp. 17-34). Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (1988). *La Distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (1991). *El Sentido práctico*. Madrid: Taurus
- Copjec, J. (2006). *Imaginemos que la mujer no existe*. Buenos Aires: Fondo de Cultura
- Crespo, E. (1995). *Introducción a la psicología social*. Madrid: Universitarias.
- Derrida, J. (1997) *Fuerza de Ley. El fundamento místico de la autoridad*. Madrid: Tecnos
- Ema, J.E. (2009). *Una mirada materialista sobre los debates epistemológicos en la psicología social*. *Diversitas: perspectivas en psicología*, vol. 5, nº 2, pp. 225-239.
- Ema, J.E. (2013). *Límites y oportunidades de lo político en la universidad. La evaluación y sus tropiezos*. *Athena digital*, 13(1), pp. 59-79.
- Foucault, M. (2002). *Historia de la sexualidad. Vol. 1*. Madrid: Siglo XXI.
- Fumagalli, A. (2010). *Bioeconomía y capitalismo cognitivo. Hacia un nuevo paradigma de acumulación*. Madrid: Traficantes de Sueños
- Gergen, Kenneth J.(1996). *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós. 1994
- Habermas, J. (1986). *Ciencia y técnica como ideología*. Madrid: Tecnos

- Harding, S. (1996). *Ciencia y Feminismo*. Madrid: Morata.
- Heidegger, M. (1994). La pregunta por la técnica. En M. Heidegger *Conferencias y artículos*, (pp. 9-37). Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Heidegger, M. (2008). *¿Qué significa pensar?* Madrid: Trotta
- Ibáñez, T. (2001). *Municiones para disidentes. Realidad-Verdad-Política*. Barcelona: Gedisa.
- Ibáñez, T. (1992). Introducción: La tensión esencial de la Psicología social. En D. Páez (1992). *Teoría y método en Psicología Social*. Barcelona: Anthropos.
- Íñiguez, L. (2006). *Análisis del discurso*. Barcelona: UOC
- Lacan, J. (2013). Función y campo de la palabra. En J. Lacan *Escritos I*, (pp.227-310) Buenos Aires: Biblioteca Nueva.
- Laclau, E. (1998). Deconstrucción, pragmatismo y hegemonía. En C. Mouffe *Deconstrucción y pragmatismo*, (pp. 97-136). Barcelona: Paidós.
- Malo, M. ed. (2004). *Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Marx, K. (1973). *El Capital*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Montenegro, M. (2004). La investigación acción participativa. En G. Musitu, J. Olaizola, L. Cantera, y M. Montenegro. *Introducción a la psicología comunitaria* (pp. 135-165). Barcelona: UOC.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y Filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Rancière, J. (2011). *El tiempo de la igualdad*. Barcelona: Herder
- Rorty, Richard. (1979). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Vercellone, C. (2009). Crisis de la ley del valor y devenir renta de la ganancia. Apuntes sobre la crisis sistémica del capitalismo cognitivo. En A. Fumagalli, S. Lucarelli, C. Marazzi, S. Mezzadra, A. Negri, y C. Vercellone *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*, (pp.63-98). Madrid: Traficantes de Sueños.
- Žižek, S. (1992) *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI.